

CAPÍTULO VIII

Donde se ve que los hijos pródigos acaban por llegar á ser banqueros y millonarios cuando son de Francfort-sur-Maine.

Don Gedeón Brunner, padre de este Fritz y célebre posadero de Francfort-sur-Maine, que practica, de acuerdo con los banqueros, incisiones autorizadas por la ley en el bolsillo de los viajeros, era un honrado calvinista que se había casado con una judía convertida, á cuyo dote debió los elementos de su fortuna. Esta judía murió dejando á su hijo Fritz á la edad de doce años bajo la tutela del padre y bajo la vigilancia de un tío materno, tratante en forrajes en Leipsik y jefe de la casa «Virlaz y Comp.^{as}». Brunner padre fué obligado por aquel tío á colocar la fortuna del joven Fritz en la casa «Al-Sartchild». Para vengarse de esta exigencia israelita, Brunner volvió á casarse, alegando la necesidad de una mujer que se ocupase de su posada. Hízolo con la hija de otro posadero, que le pareció una perla antes de haber experimentado lo que es una hija única mimada por su padre y por su madre. Su segunda mujer fué lo que son las jóvenes alemanas cuando salen malas y ligeras, y, por lo tanto, disipó su fortuna y vengó á la primera mujer haciendo á su marido el hombre más desgraciado que se conoció en el territorio de la villa libre de Francfort-sur-Maine, donde se afirma que los millonarios van á dictar una ley municipal que obligue á sus mujeres á quererles exclusivamente. A aquella alemana le gustaban los diferentes vinagres llamados comúnmente por los alemanes vinos del Rin; le gustaba el lujo, le gustaba montar á caballo, le gustaban las joyas, en fin, la única cosa gustosa que no le gustaba eran las mujeres. Por otra parte, la madrastra tomó aversión al pequeño Fritz, y lo hubiera vuelto loco si este joven producto del calvinismo y del moseísmo no hubiese tenido á Francfort por cuna y á la casa «Virlaz» de Leipsik por tutora; pero el tío Virlaz, ocupado en sus forrajes, sólo velaba por los marcos, y dejó al niño en poder de la madrastra.

Esta hiena estaba tanto más furiosa contra aquel querubín, hijo de la hermosa señora Brunner, cuanto que, á pesar de sus esfuerzos, no podía tener hijos. Movida por un pensamiento diabólico, aquella criminal alemana lanzó al joven Fritz, á la edad de veintitún años, á disipaciones antigermánicas, y esperó que el caballo inglés, el vinagre del Rin y las Margaritas de Goethe devorasen al hijo de la judía y su fortuna; pues el tío Virlaz había dejado una hermosa herencia al pequeño Fritz en el momento en que éste llegó á mayor de edad. Pero si las ruletas de Eau y los amigos del vino entre los cuales figuraba Wilhem Schwab, acabaron el capital Virlaz, el hijo pródigo vivió para servir de ejemplo á los hijos de la villa de Francfort-sur-Maine, cuyas familias lo emplean aún como escarmiento para que sus hijos sean juiciosos y se muestren obedientes á sus padres. En lugar de morir en la flor de su edad, Fritz Brunner tuvo el placer de ver enterrar á su madrastra en uno de esos encantadores cementerios donde los alemanes se entregan á su desenfadada pasión por la horticultura, bajo el pretexto de honrar á los muertos. La segunda señora Brunner murió, pues, antes que sus padres, y el anciano Brunner sintió tantas penas y echó tanto de menos el dinero que su mujer había despilfarrado, que, á pesar de estar dotado de una constitución hercúlea, á los sesenta y siete años se sintió agotado como si el famoso veneno de los Borgias le hubiese atacado. No heredar á su mujer después de haberla soportado durante diez años, fué cosa que convirtió á aquel posadero en otra ruina de Heidelberg, aunque reparada incesantemente por los Rehnungs de los viajeros, como se reparan las de Heidelberg para mantener el ardor de los turistas que afluyen para ver aquella ruina tan bien conservada. Se hablaba en Francfort de Brunner como de una ruina, y le señalaban con el dedo diciendo:

—He ahí adonde puede llevarnos una mala mujer á quien no se hereda y un hijo educado á la francesa.

En Italia y en Alemania, los franceses son la razón de todas las desgracias, la criba de todas las balas. La cólera del propietario del Gran Hotel de Holanda no sólo cayó sobre los viajeros, cuyas facturas se resintieron de su pena, sino que cuando su hijo estuvo completamente arruinado, Gedeón, considerándole como la causa indirecta de todas sus desgracias, le negó el pan, el agua, la sal, el fuego, el

albergue y la pipa, lo cual, en un padre posadero y alemán, equivale al último grado de la maldición paterna. Las autoridades del país no se dieron cuenta de las primeras culpas del padre, lo consideraron como uno de los hombres más desgraciados de Francfort-sur-Maine, y, para ayudarle, expulsaron á Fritz del territorio de aquella villa libre. Aunque Francfort sea el asiento de la Dieta germánica, la justicia no es más humana ni más sabia en esta villa que en las demás partes. Un magistrado rara vez sigue el curso de los crímenes y de los infortunios para saber de quién es la primera culpa.

Si Brunner olvidó al hijo, los amigos del hijo imitaron al posadero.

¡Ah! si esta historia hubiera podido representarse en el teatro para aquella asamblea en cuyo seno los periodistas, los elegantes y algunos parisienses se preguntaban de dónde salía la figura profundamente trágica de aquel alemán surgido en el París elegante en pleno estreno, solo en un prosencio, hubiese sido más hermosa que la pieza de magia titulada la *Desposada del Diablo!*

Fritz se fué á pie á Strasburgo, y encontró allí lo que el hijo pródigo de la Biblia no halló en la patria de la Santa Escritura. En esto se revela la superioridad de la Alsacia, donde laten tantos corazones generosos, para hacer ver á Alemania la belleza de la combinación del ingenio francés y de la solidez germánica. Wilhem, que hacía algunos días que había heredado á sus padres y que poseía cien mil francos, abrió á Fritz sus brazos, su corazón, su casa y su bolsillo. Describir el momento en que Fritz, lleno de polvo, desgraciado y casi leproso, encontró, al otro lado del Rin, una pieza de veinte francos en la mano de un verdarero amigo, sería querer hacer una oda, y sólo Píndaro podría lanzarla en griego sobre la humanidad para reavivar la amistad moribunda. Poned los nombres de Fritz y de Wilhem al lado de los de Damón y Fidias, Cástor y Pólux, Orestes y Píllades, Dubreuil y Pmejá, Smuke y Pons, y de todos los nombres fantásticos que damos á los dos amigos del Monomotapa, pues La Fontaine, como hombre de genio que era, ha hecho de ellos apariencias sin cuerpo, sin realidad y unid estos dos nombres á los de aquéllos, con tanto más motivo cuanto que Wilhem se comió su herencia en compañía de Fritz, como Fritz se había bebido la suya con

Wilhem, fumando, por supuesto, todas las especies de tabacos conocidos.

Los dos amigos ¡cosa rara! agotaron la herencia en las cervecerías de Strasburgo de la manera más estúpida y más vulgar, con figurantas del teatro y alsacianas. Todas las mañanas se decían mutuamente:

—Hay que detenerse, hay que tomar una decisión, hacer algo con lo que nos queda.

—¡Bah!—decía Fritz—un día más, mañana.

¡Oh! mañana... En la vida de los disipadores el hoy es un gran fatuo, pero el mañana es un gran cobarde que se asusta del valor de su predecesor. Cuando sólo les quedó un billete de mil francos, los dos amigos tomaron un asiento en las diligencias que iban á París y fueron á hospedarse á la calle del Mail, á casa de Graff, antiguo mozo de Gedeón Brunner. Fritz entró con seiscientos francos de sueldo en casa de los Keller, banqueros, por recomendación de Graff. Este es hermano del famoso sastre de este nombre, el cual tomó á Wilhem en calidad de tenedor de libros. Graff buscó á los dos hijos pródigos estas dos exiguas colocaciones en recuerdo de su aprendizaje en la Fonda de Holanda. Estos dos hechos, un amigo arruinado reconocido por un amigo rico, y un posadero alemán interesándose por dos compatriotas sin un céntimo, harán creer á muchas personas que esta historia es una novela; pero todas las cosas verdaderas parecen fábulas, con tanto más motivo, cuanto que la fábula de nuestra época procura á toda costa parecerse á la verdad.

Fritz, dependiente con seiscientos francos, y Wilhem, tenedor de libros con el mismo sueldo, notaron la dificultad de vivir con estos medios en una villa tan cortesana como París; así es que al cabo de dos años de llegar, en 1837, Wilhem, que tocaba bien la flauta, entró en la orquesta dirigida por Pons á fin de poder comer á veces pan con mantequilla. Respecto á Fritz, sólo pudo hallar un suplemento de sueldo desplegando la capacidad financiera de un hijo descendiente de los Virilaz. Á pesar de su asiduidad y tal vez á causa de su talento, Fritz no ganó dos mil francos anuales hasta 1843. La miseria, esa divina madrastra, hizo con aquellos dos jóvenes lo que sus madres no habían podido hacer: les enseñó economía, el mundo y la vida, y les dió esa gran educación que dispensa á todos los grandes hombres, por desgraciados que sean en su infancia. Siendo Fritz y Wilhem

hombres bastante ordinarios, no escucharon todas las lecciones de la miseria, se defendieron de sus ataques, le hallaron el seno duro y los brazos descarnados y no supieron desembrazarse de esa buena hada que cede á las caricias de las gentes de genio. Sin embargo, conocieron todo el valor de la fortuna y se prometieron cortarle las alas si alguna vez llegaba á sus manos.

—Papá Smuke, voy á explicárselo todo en dos palabras—repuso Wilhem disponiéndose á relatar en alemán esta historia al pianista.—El padre de Brunner ha muerto, y como que era uno de los fundadores de una vía férrea sin que su hijo lo supiese, obtuvo inmensas ganancias y dejó cuatro millones. Esta noche toco la flauta por última vez, y si no se tratase de un estreno, me habría marchado hace algunos días; pero no he querido dejar colgada á la empresa.

—Está bien, joven—dijo Smuke;—pero ¿con quién se casa usted?

—Con la hija del señor Graff, nuestro patrón, y propietario de la fonda del Rin. Hace siete años que amo á la señorita Emilia, la cual ha leído tantas novelas inmorales, que ha rechazado todos los partidos por mí, sin saber cual podía ser mi porvenir. Esta joven será muy rica, porque es heredera única de los Graff, sastres de la calle de Richelieu. Fritz me da cinco veces más de lo que nos comimos juntos en Strasburgo, ó sea quinientos mil francos... Pone, además, un millón de francos en una casa de Banca, donde el sastre Graff coloca también quinientos mil, y el padre de mi prometida me permite emplear en dicha casa de Banca la dote, que es de doscientos cincuenta mil francos, y figura él además en comandita por otro tanto. La casa «Brunner, Schwab y Compañía» tendrá, pues, dos millones próximamente de capital. Fritz acaba de comprar un millón quinientos mil francos de acciones del Banco de Francia para garantizar la casa. He de advertirle que esta no es toda la fortuna de Fritz, al cual le quedan aún las casas de su padre en Francofort valuadas en un millón, y el Gran Hotel de Holanda, que acaba de alquilarle á un primo de los Graff.

—Miga usted tristemente á su amigo—respondió Smuke, que había escuchado á Wilhem con atención.—¿Le tiene usted acaso envidia?

—Sí, envidio la dicha de Fritz—dijo Wilhem.—¿No ve usted qué cara de hombre satisfecho tiene? Temo que París

le sea funesto y quisiera verle hacer lo que yo hago. El antiguo demonio puede despertarse en él. Ese lujo, ese monóculo, todo me inquieta. No ha mirado más que á las entretenidas de la sala. ¡Ah! ¡si supiese usted cuán difícil de casar es Fritz! Siente horror por todo lo que se llama en Francia hacer la corte, y había que lanzarlo á la familia como se lanza en Inglaterra un hombre á la eternidad.

Durante el tumulto que señala el final de todos los estrenos, el flauta invitó al director de orquesta á su boda. Pons aceptó gozosamente, y Smuke vió entonces por primera vez en tres meses una sonrisa en los labios de su amigo, acompañándole después á la calle de Normandía en profundo silencio, pues reconoció por aquel detalle toda la profundidad del mal que corroía á Pons. ¡Que un hombre verdaderamente noble, desinteresado y grande por sus sentimientos tuviese tales debilidades! He aquí lo que dejaba estupefacto al estotico Smuke, el cual se puso sumamente triste al comprender que tenía que renunciar á ver en su mesa todos los días al buen Pons, en interés de la dicha del mismo Pons, sacrificio este cuya idea le volvía loco y que no sabía si podría soportar.

El altivo silencio que guardaba Pons refugiado en el monte Aventino de la calle de Normandía, llamó mucho la atención de la presidenta, la cual, una vez libre de su parásito, se preocupó poco de él; pero no le ocurrió lo mismo al presidente. El presidente Camusot de Marville, hombrecito gordo y solemne desde que había ascendido, admiraba á Cicerón, prefería la Ópera cómica á los Italianos, comparaba unos con otros á los actores, seguía á la multitud paso á paso, repetía como suyos todos los artículos del periódico ministerial y, cuando hablaba, repetía las ideas del consejero cual si fuesen suyas. Este magistrado, suficientemente conocido por los principales rasgos que acabamos de dar de su carácter y obligado por su posición á tomarlo todo en serio, mostraba sobre todo gran apego á los lazos de familia. Como la mayor parte de los maridos completamente dominados por sus mujeres, el presidente afectaba en las cosas insignificantes una independencia que era respetada por su mujer. Si el presidente se contentó durante un mes con las vanas razones que le dió la presidenta relativas á la desaparición de Pons, acabó por encontrar extraño que el anciano músico, después de una amistad de cuarenta años, no se presentase, y esto precisamente después de haber hecho un regalo tan

considerable como el abanico de la señora de Pompadour. Aquel abanico, reconocido por el conde Popinot como una obra maestra, valió á la presidenta en las Tullerías, donde pasó el abanico de mano en mano, felicitaciones que halagaron su amor propio, pues le detallaron las bellezas de las diez varitas de marfil, cada una de las cuales contenía esculturas de inaudita finura. Una dama rusa (los rusos se creen siempre en Rusia), estando en casa del conde Popinot, le ofreció seis mil francos á la presidenta, por aquel abanico extraordinario, sonriendo al verle en tales manos, pues, hay que confesarlo, era un abanico de duquesa.

—No hay que negar que ese pobre primo entiende en estas tonterías.

—¡Tonterías!— exclamó el presidente.—¡Si el Estado va á pagar trescientos mil francos por la colección del difunto consejero señor de Somerac y va á gastar cerca de un millón en comprar y reparar el palacio Cluni para colocar en él esas tonterías! Esas tonterías, hija querida, son á veces los únicos testimonios que nos quedan de civilizaciones desaparecidas. Un pote etrusco ó un collar, que valen á veces cuarenta ó cincuenta mil francos, son tonterías que nos revelan la perfección de las artes cuando el sitio de Troya, demostrándonos que los etruscos eran troyanos refugiados en Italia.

Tal era el género de bromas irónicas que se permitía el regordete presidente con su mujer y su hija.

—Cecilia—repuso,—la reunión de conocimientos que exigen esas tonterías, es una ciencia que se llama arqueología. La arqueología comprende la arquitectura, la escultura, la pintura, el grabado, la cerámica, la ebanistería, el arte de los encajes, la tapicería, en una palabra, todas las creaciones del arte humano.

—¿De modo que el primo Pons es un sabio?—dijo Cecilia.

—¡Caramba! ¿y por qué no viene ya?—preguntó el presidente con el aire del hombre que siente una conmoción producida por mil observaciones olvidadas.

—Se habrá enfadado por cualquier cosa—repuso la presidenta.—Tal vez no me he mostrado bastante agradecida por el regalo que me hizo de este abanico. Ya sabe usted que soy bastante ignorante...

—¡Usted, una de las mejores discípulas de Servín! ¡Usted no conoce á Watteau!—exclamó el presidente.

—Yo conozco á David, á Gerard, á Gros, á Girondet, á Guérin, á Furbín, á Turpín de Crisé...

—Pues debería usted...

—¿Qué debería yo, señor?—preguntó la presidenta mirando á su marido con aires de reina de Sava.

—Querida mía, saber quién es Watteau está muy de moda—repuso el presidente con una humildad que denotaba lo muy subyugado que le tenía su mujer.

Esta conversación tuvo lugar algunos días antes del estreno de la *Desposada del Diablo*, cuando todo el mundo notó el estado enfermizo de Pons. Pero entonces, la gente acostumbrada á invitar á comer á Pons y á tomarle por recadero, se había interrogado mutuamente y llegó á sentirse una inquietud tanto mayor en el círculo de amigos que frecuentaba aquel buen hombre, cuanto que lo vieron ocupando su puesto en el teatro. A pesar del cuidado con que Pons evitaba en los paseos el encuentro con sus antiguos conocidos, una vez se encontró de narices con el ex ministro conde de Popinot en casa de Monistrol, aquel anticuario de quien Pons hablaba con entusiasmo á la presidenta.

—Mi querido Pons, ¿cómo es que no se le ve á usted por ninguna parte? Le echamos á usted de menos y la señora Popinot no sabe qué pensar de ese abandono.

—Señor conde—respondió el músico,—me han hecho comprender en casa de un pariente que á mi edad se está de sobra en el mundo. Nunca me han tenido grandes consideraciones; pero al menos nunca me habían insultado. Jamás he pedido nada á nadie—añadió con la altivez del artista.—A cambio de algunas atenciones, yo prestaba á veces útiles servicios á quienes me acogían. Pero, al parecer me he engañado, y antes de sufrir humillaciones delante de los amigos y de los parientes, á cuyas casas iba á comer, he presentado mi dimisión de gorrón. En mi casa encuentro todos los días lo que ninguna mesa me ha ofrecido, un amigo verdadero.

Estas palabras, impregnadas de la amargura que el anciano artista sabía comunicarles con el gesto y con el acento, sorprendieron de tal modo al par de Francia, que creyó necesario llamar aparte al digno músico.

—¿Qué le ha ocurrido á usted, amigo mío? ¿No puede usted decirme quién le ha ofendido? Me permito, ante todo, advertirle que supongo que en mi casa le habrán guardado á usted siempre las consideraciones que se merece.

—Usted es la única excepción que hago—dijo el buen hombre.—Por otra parte, usted es un gran señor, un hombre de Estado, y, en último término, sus preocupaciones le excusarían todo.

Pons, sometido á la astucia diplomática adquirida por Popinot con el trato de los hombres y el manejo de los negocios, acabó por contar lo que le había ocurrido en casa de presidente de Marville. Popinot se adhirió tan vivamente á las ofensas de la víctima, que habló de ellas en seguida en su casa á la señora Popinot, excelente y digna mujer que reprochó su conducta á la presidenta tan pronto como la encontró. Por su parte, el ex ministro habló también del asunto al presidente, y hubo una explicación en familia en casa de los Camusot de Marville. Aunque Camusot no fuese amo de todo en su casa, su queja estaba demasiado fundada en hecho y en derecho para que no reconociesen la verdad su mujer y su hija, las cuales se humillaron y echaron la culpa á los criados. Llamados y reprendidos éstos, no obtuvieron su perdón hasta que confesaron de plano, demostrando al presidente la mucha razón que tenía Pons para permanecer en su casa. Como los amos de casa dominados por sus mujeres, el presidente desplegó toda su autoridad marital y judicial, declarando á sus sirvientes que serían despedidos y que perderían también todas las ventajas que sus largos servicios podían valerles en su casa, si su primo Pons y todos los que le hacían el honor de concurrir á ella no eran tratados, en lo sucesivo, como lo era él mismo. Estas palabras hicieron sonreír á Magdalena.

—Es más—dijo el presidente,—el único medio de salvación que os queda es desarmar á mi primo pidiéndole perdón. Id á decirle que vuestra estancia aquí depende por completo de él, pues os despacho á todos si no os perdona.

CAPÍTULO IX

Donde Pons lleva á la presidenta un objeto de arte que es algo más precioso que un abanico

Al día siguiente, el presidente salió de casa muy temprano para poder visitar á su primo antes de la hora de la audiencia. La aparición del presidente de Marville, anun-

ciado por la señora Cibot, fué un verdadero acontecimiento. Pons, que recibía este honor por primera vez en su vida, presintió una reparación.

—Mi querido primo, al fin he sabido la causa de su ausencia—dijo el presidente después de los saludos de ordenanza,—y su conducta aumenta, si esto es posible, el cariño que le tengo. No le diré á usted más que dos palabras acerca de este punto. Todos mis criados han sido despedidos. Mi mujer y mi hija están desesperadas y quieren verle para tener una explicación con usted. En todo esto, primo mío, hay un inocente, y ese inocente es un anciano juez. No me castigue usted, pues, por la torpeza de una muchacha aturdida, sobre todo cuando vengo á pedirle paz, reconociendo que todas las culpas están de nuestra parte. Aun suponiendo que se hubiese enfriado algo, una amistad de treinta y seis años siempre da algunos derechos. Vamos á ver, firme usted la paz viniendo á comer con nosotros esta noche.

Pons se aturdió, haciendo una difusa respuesta, y acabó por advertir á su primo que aquella noche asistía á las bodas de un músico de su orquesta que colgaba la flauta para hacerse banquero.

—Bueno, pues mañana.

—Primo mío, la señora condesa de Popinot me ha hecho el honor de invitarme por medio de una carta amable hasta el extremo.

—Pasado mañana, pues—repuso el presidente.

—Pasado mañana, el socio del flauta, alemán, llamado señor Brunner, devuelve á los desposados la atención que recibe hoy de ellos.

—Es usted bastante amable para que se disputen así el placer de recibirle—dijo el presidente.—Vaya, el domingo próximo.

—El domingo comemos en casa del señor Graff, suegro del flauta.

—Bueno, pues hasta el sábado. De aquí á entonces habrá usted tenido tiempo de tranquilizar á mi hija, que ha derramado ya bastantes lágrimas por su falta. Dios no pide más que el arrepentimiento. ¿Sería usted más exigente que el Padre Eterno con nuestra pobre Cecilia?

Pons, atacado en sus puntos flacos, empleó las fórmulas más corteses que conocía y acompañó al presidente hasta el descansillo. Una hora después, los criados del presidente

llegaron á casa del buen Pons y demostraron ser lo que son los criados, cobardes y rastreros: lloraron. Magdalena llamó aparte al señor Pons y se arrojó resueltamente á sus pies.

—Señor, yo soy la que lo he hecho todo, y usted bien sabe que le quiero—dijo llorando á lágrima viva.—La venganza que hervía en mi sangre es la causa de todo esto. Perderemos nuestra colocación... Señor, yo estaba loca, y no quisiera que mis compañeros sufriesen las consecuencias de mi locura. Ahora veo claramente que la suerte no me llama á que sea suya. He razonado, comprendo que mi ambición era excesiva, pero le sigo queriendo, señor. Durante diez años sólo he pensado en la dicha de ser suya, y de cuidar todo esto. ¡Qué hermoso porvenir! ¡Oh, si el señor supiese cuanto le amo! Pero usted ha debido notar en todas mis maldades, en todas mis travesuras, y, si yo muriese mañana, ¿qué encontrarían en mi cuarto? un testamento á su favor, señor Pons... Si, en mi baúl, junto á mis joyas.

Tocando esa cuerda sensible, Magdalena procuró al solterón ese goce de amor propio que causará siempre una pasión inspirada, aunque no satisfecha. Después de haber perdonado noblemente á Magdalena, Pons dijo á los demás criados que hablaría a su prima, la presidenta, para que todos permaneciesen en la casa. Con inefable placer, el músico se vió restablecido en sus habituales goces sin haber hecho ninguna cobardía. El mundo había ido á su encuentro y la dignidad de su carácter había salido gananciosa; pero al dar cuenta á su amigo Smuke de su triunfo, tuvo el dolor de verle triste y lleno de inexplicables dudas. No obstante al ver el cambio súbito que se había operado en la fisonomía de Pons, el buen alemán acabó por alegrarse, decidiéndose á inmolar la dicha de que había disfrutado durante cuatro meses, siendo dueño absoluto de su amigo. Las enfermedades morales tienen sobre las físicas la inmensa ventaja de que se curan instantáneamente con la satisfacción del deseo que las causa, del mismo modo que se originan con la privación. Durante aquella mañana, Pons ya no fué el mismo hombre. El anciano triste y moribundo pasó á ser el Pons satisfecho que llevaba poco antes á la presidenta el abanico de la señora de Pompadour. Pero Smuke se sumió en profunda meditación acerca de este fenómeno, sin comprenderlo, pues el estoicismo verdadero no se explica nunca la cortesanía francesa. Pons era un verdadero francés del Imperio, que unía

á la galantería del siglo pasado, su abnegación por la mujer. Smuke ocultó sus penas en su corazón; pero en ocho días se puso amarillo y la señora Cibot empleó toda clase de artificios para que Smuke permitiese que le visitase el médico del barrio. El médico temió una ictericia, y la señora Cibot quedó espantada ante el enigma de esta palabra técnica.

Por primera vez acaso, los dos amigos iban á comer juntos fuera de casa; pero para Smuke aquello era hacer una excursión á Alemania. En efecto, Juan Graff, dueño de la Fonda del Rin, y su hija Emilia, Wolfgrang, Groff el sastre y su mujer, Fritz Brunner, Wilhem Schwab, eran alemanes. Pons y el notario eran los únicos franceses admitidos al banquete. Los sastres, que poseían un magnífico palacio situado en la calle de Richelieu, habían educado á su sobrina, cuyo padre temió, con razón, el contacto de las gentes de toda clase que acuden á una fonda. Aquellos dignos sastres, que querían á aquella muchacha como si fuese su hija, cedían el piso bajo al joven matrimonio. Allí iba á establecerse la casa de banca «Brunner, Schwab y Comp.^{as}» Como estos arreglos databan de un mes antes, tiempo exigido para que recogiese su herencia Brunner, autor de toda aquella felicidad, la habitación de los futuros esposos había sido ricamente restaurada y amueblada por el famoso sastre. Las oficinas de la casa de banca habían sido instaladas en el ala que unía una magnífica casa que daba á la calle con el antiguo palacio, situado entre patio y jardín.

Yendo de la calle de Normandía á la de Richelieu, Pons escuchó por boca del distraído Smucke los detalles de aquella nueva historia del hijo pródigo. Pons, recientemente reconciliado con sus parientes más próximos, se sintió en seguida animado del deseo de casar á Fritz Brunner con Cecilia de Marville. La casualidad quiso que el notario de los hermanos Graff fuese precisamente el yerno y sucesor de Cardet, en cuya casa comía frecuentemente Pons.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Berthier?—dijo el anciano músico tendiendo la mano á su ex-anfitrión.

—¿Y por qué no nos da usted el gusto de venir á comer con nosotros?—le preguntó el notario.—Mi mujer está inquieta por usted, y como le vimos en la primera representación de *La Desposada del Diablo* nuestra inquietud se ha convertido en curiosidad.

—Los ancianos son susceptibles—respondió el buen

hombre—y hacen mal en ir un siglo atrasados; pero, ¿qué se ha de hacer? bastante hacen siendo los representantes de una centuria, aunque no de la que les ve morir.

—¡Ah!—dijo el notario con aire astuto,—no es posible correr dos siglos á la vez.

—Oiga, ¿por qué no casa usted á mi prima Cecilia de Marville?—preguntó el buen músico, después de llamar aparte al joven notario.

—¿Que por qué?—repuso el notario.—En este siglo, es que el lujo ha penetrado hasta en las porterías, los jóvenes temen unir su suerte á la de la hija de un presidente de Audiencia de París, que sólo tiene cien mil francos de dote. No hay mujer que no cueste á su marido tres mil francos anuales, en la clase á que pertenecerá el marido de la señorita de Marville. Los intereses de semejante dote, apenas bastan, pues, para sufragar los gastos de tocador de una futura esposa. Un soltero dotado de quince á veinte mil francos de renta, vive en un bonito entresuelo, el mundo le exige ningún lujo, puede tener un solo criado, aplica toda su renta á sus placeres y, acariciado por todas las madres previsoras, es uno de los reyes de la elegancia parisiense. Por el contrario, una mujer exige que se le monte una casa que se le dé coche, y, si va al teatro, necesita un palco mientras que al soltero le basta una butaca; en una palabra, que absorbe toda la representación de la fortuna que el soltero representaba antes por sí solo. Suponed á los esposos treinta mil francos de renta, y, dado el estado actual, el soltero rico se convierte en un pobre diablo que tiene que reparar en el coste de una carrera á Chantilly. Introducidos además, hijos... y entonces el desahogo desaparece. Con los señores de Marville cuentan apenas cincuenta años, sus esperanzas pueden sufrir una dilación de quince ó veinte años, ningún soltero se aviene á guardarlas tanto tiempo en cartera, y el cálculo gangrena de tal modo el corazón de los aturridos, que danzan la polca en casa de Mabile con las entretenidas, que todos los que son casaderos estudian los dos fases de este problema, sin necesidad de que nosotros se lo expliquemos. Aquí, entre nosotros, podemos convenir en que la señorita de Marville ocupa poco el corazón de los pretendientes para que estos pierdan la cabeza, y por eso entregan á estas reflexiones antimatrimoniales. Si algún joven que goza de razón y de veinte mil francos de renta

forma *in petto* un programa de alianza para satisfacer ambiciosos pensamientos, la señorita de Marville responde muy poco á éstos.

—¿Y por qué?—preguntó el músico estupefacto.

—¡Ah!—respondió el notario;—hoy, casi todos los solteros, aunque sean feos como nosotros, mi querido Pons, tienen la impertinencia de querer una dote de seiscientos mil francos, y una muchacha hija de una gran casa, muy lista, muy guapa, muy bien educada, en fin, perfecta.

—¿De modo que mi prima se casará difícilmente?

—Se quedará soltera mientras sus padres no se decidan á darle como dote la tierra de Marville, y eso que, si hubiesen querido, ya podía ser vizcondesa de Popinot. Pero aquí está el señor Brunner, conque vamos á leer el acta de sociedad de la casa Brunner y el contrato de matrimonio.

Una vez hechas las presentaciones y los saludos de ordenanza, Pons, invitado por los parientes á firmar el contrato, oyó la lectura de las actas, y á eso de las cinco y media, todo el mundo pasó al comedor. La comida fué uno de esos banquetes suntuosos como los que suelen dar los negociantes y que, por otra parte, confirmaba las relaciones del fondista Graff con los primeros proveedores de París. Pons y Smuke no habían visto nunca cosa igual, pues hubo allí platos maravillosos... *nudels* de inaudita delicadeza, pescados finísimos y una crema capaz de asombrar al famoso doctor que la inventó en Londres. Se abandonó la mesa á las diez de la noche. Los vinos del Rin y franceses que allí se bebieron asombrarían á cualquiera, pues no es posible saber el líquido que son capaces de absorber los alemanes, sin perder por ello su serenidad. Es preciso comer en Alemania para ver cómo se suceden las botellas unas tras otras cual se suceden las olas en una hermosa playa del Mediterráneo, desapareciendo como si los alemanes tuviesen el poder absorbente de la esponja y de la arena; pero lo hacen armoniosamente, sin la algazara francesa, sus palabras son juiciosas como la improvisación de un usurero, sus rostros van enrojeciendo como los de las desposadas pintadas en los frescos de Cornelio ó de Schnor, es decir, imperceptiblemente, y los recuerdos se van dilatando como el humo de las pipas, con lentitud.

A eso de las diez y media, Pons y Smuke, se encontraron en un banco del jardín, al lado del flauta, sin saber quién les

había llevado á explicarse sus caracteres, sus opiniones y sus desgracias. En medio de aquel *put pourri* de confidencias, Wilhem habló de su deseo de casar á Fritz, haciéndolo con una fuerza y con una elocuencia verdaderamente alcohólicas.

—¿Qué dice usted de este programa para su amigo Brunner?—exclamó Pons al oído de Wilhem.—Una joven encantadora, razonable, perteneciente á una familia muy distinguida, pues el padre ocupa una de las plazas más elevadas de la magistratura, cien mil francos de dote y esperanzas por un millón.

—Espere usted—respondió Schwab,—voy á hablar al instante á Fritz.

Y acto continuo los dos músicos vieron á Brunner y á su amigo dando vueltas por el jardín, escuchándose alternativamente y pasando y volviendo á pasar por delante de ellos. Pons, cuya cabeza estaba un poco cargada y que, sin estar completamente borracho, se hallaba sin embargo alegre, observó á Fritz Brunner á través de esa nube diáfana que causa el vino, y quiso ver en aquella fisonomía aspiraciones á la dicha de la familia. Schwab hizo inmediatamente á Pons la presentación de su amigo y asociado, el cual agradeció mucho al anciano el interés que le inspiraba. Se entabló una conversación en la que Suke y Pons, aquellos dos célibes, alabaron el matrimonio, y sin malicia alguna se permitieron este equívoco: Que era el fin del hombre. Cuando se sirvieron los helados, el té, el ponche y las pastas en la futura habitación de los futuros esposos, la hilaridad llegó al colmo entre aquellos estimables negociantes, casi todos borrachos, al saber que el comanditario de la casa de banca iba á invitar á su asociado.

A eso de las dos de la mañana, Suke y Pons se fueron á su casa por los bulevares, filosofando atrozmente acerca del arreglo musical que tienen las cosas en este bajo mundo.

Al día siguiente, Pons se fué á casa de su prima la presidenta, animado por la profunda alegría de devolver bien por mal. ¡Pobre alma de Dios...! Ciertamente que llegó á lo sublime, y todo el mundo lo entenderá así, pues estamos en un siglo en que se da el premio Montyon á los que cumplen con su deber siguiendo los preceptos del Evangelio.

—¡Ah! Deberán inmensos favores á este gorrón—se decía Pons, cuando se encaminaba á la calle de Choiseul.

Un hombre menos absorbido que Pons por el contento, un hombre de mundo, un hombre desconfiado, hubiese observado á la presidenta y á su hija al volver á aquella casa; pero aquel pobre músico era un niño, un artista lleno de sencillez que creía en el bien moral como creía en las bellas artes, y quedó embaucado con las caricias que le hicieron Cecilia y la presidenta. Aquel buen hombre que hacía doce años que veía representar la zarzuela, el drama y la comedia, no supo reconocer en sus parientes las muecas de la comedia social. Los que frecuentan el mundo parisiense y han comprendido la sequedad de alma y de cuerpo de la presidenta, ardiente únicamente para los honores y parapetada en su virtud, su falsa devoción y su altanería de carácter, como mujer acostumbrada á mandar en su casa, podrán comprender el odio oculto que sentiría por el primo de su marido, después del renuncio en que le había hecho caer. Todas las demostraciones de la presidenta y de su hija iban, pues, revestidas de un formidable deseo de venganza, aplazada evidentemente. Por primera vez en su vida, Amelia tuvo que reconocer sus culpas ante su marido á quien regentaba, y se veía obligada á mostrarse afectuosa con el autor de su derrota. Esta situación sólo tiene analogía con ciertas hipocresías que duran años en el sagrado colegio de los cardenales ó en los cabildos de jefes de órdenes religiosas. A las tres, en el momento en que el presidente volvía de la Audiencia, Pons apenas había acabado de contar los maravillosos incidentes de su conocimiento con don Federico Brunner, el banquete de la víspera que no había acabado hasta la madrugada, y todo lo que concernía al tal Federico Brunner. Cecilia se había ido derecha al grano, informándose de la manera como se vestía Federico Brunner, de su estatura, de su porte, y del color de sus cabellos y de sus ojos, y cuando hubo conjeturado que Federico tenía porte distinguido, admiró la generosidad de su carácter.

—¡Dar quinientos mil francos á su compañero de infortunio! ¡Oh! mamá, tendré coche y palco en los Italianos.

Y Cecilia se puso casi bonita pensando en la realización de todas sus esperanzas y de todas las pretensiones de su madre.

Respecto á la presidenta, sólo dijo estas palabras:

—Hijita mía, puedes estar casada dentro de quince días.

Todas las madres llaman *hijitas* á sus hijas cuando tienen veintitrés años.

—Sin embargo—dijo el presidente,—se necesita tiempo para tomar informes, porque jamás consentiré en dar mi hija á un cualquiera.

—Para informes pueden dirigirse á Berthier, que es el que ha hecho las actas notariales—respondió el anciano artista.—Prima querida, respecto á este pretendiente, ya sabe usted lo que me había dicho. Tiene cuarenta años, está medio calvo, quiere buscar en la familia un refugio contra las tormentas, y yo no he querido desanimarle, porque entiendo que sobre gustos no hay disputa.

—Razón de más para ver á ese don Federico Brunner—replicó el presidente;—yo no quiero dar mi hija á un valetudinario.

—Pues bien, prima mía, si usted quiere, dentro de cinco días podrá usted juzgar al pretendiente, pues dada la penetración que usted tiene, con una entrevista creo que le bastará para estudiarle.

Cecilia y la presidenta hicieron un gesto de encanto.

—Federico, que es un aficionado muy distinguido, me ha rogado que le permita ver mi pequeña colección. Ustedes no han visto nunca mis cuadros, mis curiosidades y pueden venir á mi casa como damas llevadas por mi amigo Smuke, trabando así conocimiento con el futuro sin necesidad de compromiso. Federico, por su parte, puede perfectamente ignorar quiénes son ustedes.

—¡Magnífico!—exclamó el presidente.

Fácil es adivinar las consideraciones con que fué tratado el parásito á quien se despreciaba días antes. Aquel día el pobre hombre fué tratado como verdadero primo de la presidenta. La madre feliz ahogando su odio en las olas de su alegría, tuvo miradas, sonrisas y palabras que extasiaban al pobre músico, á causa del bien que hacía y del porvenir que entreveía. ¡No le esperaban comidas semejantes á la de la firma del contrato en las casas de Brunner, Schwab y Graff! Veía en lontananza una vida de cucañas y una serie maravillosa de *platos cubiertos*, sorpresas gastronómicas y exquisitos vinos.

—Si nuestro primo Pons nos prepara esa alianza tan buena, tenemos que constituirle una renta equivalente á su

suelo de director de orquesta—dijo el presidente á su mujer, cuando Pons se hubo marchado.

—¡Vaya!—dijo la presidenta.

En el caso de que el joven agradase á Cecilia, ésta se comprometía á hacer aceptar esta innoble munificencia al anciano músico.

Al día siguiente, el presidente, deseoso de tener pruebas auténticas de la fortuna de don Federico Brunner, se fué á casa del notario. Berthier, prevenido por la presidenta, había llamado también á su nuevo cliente, al banquero Schwab, al ex flauta. Deslumbrado ante la idea de semejante alianza para su amigo (sabido es cuanto respetan las distinciones sociales en Alemania, donde una mujer es la señora generala, la señora consejera, etc.), Schwab estuvo insinuante como un coleccionista cuando cree engatusar á un anticuario.

—Ante todo, como yo daré á mi hija mi tierra de Marville, desearía casarla bajo el régimen dotal, para lo cual el señor Brunner emplearía un millón en tierras para aumentar Marville, constituyendo un inmueble dotal que pusiera el porvenir de mi hija y el de mis nietos al abrigo de las alterativas de la banca.

Berthier se acarició la barba pensando:

—No es mala idea la del señor presidente.

Schwab, después de haberse hecho explicar los efectos del régimen dotal, los creyó beneficiosos para su amigo. Esta cláusula realizaba los deseos que le había oído expresar á Fritz de buscar una combinación que le impidiese volver á caer nunca jamás en la miseria.

—En este momento hay grutas y praderas en venta por valor de un millón doscientos mil francos—dijo el presidente.

—Un millón en acciones del Banco bastará para garantizar las operaciones de nuestra casa de banca—dijo Schwab.—Fritz no quiere aventurar en los negocios más que dos millones, de modo que hará lo que usted le pide, señor presidente.

El presidente puso locas de alegría á su mujer y á su hija al comunicarles estas nuevas. ¡Jamás captura tan rica se había mostrado tan propicia al anzuelo conyugal!

—Serás la señora Brunner de Marville—dijo el padre á la hija—porque obtendré para tu marido el permiso de unir nuestro nombre al suyo, y más tarde logrará carta de na-

turalización. Si yo llego á ser par de Francia, me sucederá.

La presidenta empleó cinco días en amaestrar á su hijo. El día de la entrevista, vistió ella misma á Cecilia y le equipó con el mismo cuidado que empleó aquel almirante en armar el yacht de recreo de la reina de Inglaterra, cuando ésta hizo su viaje á Alemania.

Pons y Schwab, por su parte, le quitaron el polvo al museo Pons, á la habitación y á los muebles, con la agilidad de marineros que hacen la limpieza del buque almirante. Ni un grano de polvo en las maderas talladas. Todos los cobre relucían. Los vidrios de los pasteles dejaban ver claramente las obras de Latour, de Greuze y de Liautard, el ilustrado autor de la Chocolatera, el milagro de aquella pintura japonesa de mil tan pasajera. El inimitable esmalte de los bronces florentinos formaba innumerables visos; todo brillaba y hablaba al alma en aquel concierto de obras maestras organizado por dos músicos que rivalizaban en poesía.

CAPÍTULO X

Una idea alemana

Bastante hábiles para evitar los inconvenientes de una entrada en escena, las primeras en llegar fueron las mujeres que deseaban estar sobre el terreno. Pons hizo la presentación de su amigo Smuke á sus parientas, las cuales le tomaron por un idiota. Ocupadas como estaban con la idea de un prometido cuatro veces millonario, las dos ignorantes prestaron escasa atención á las joyas artísticas del museo Pons y miraban de un modo indiferente los esmaltes de Petitot. Las flores de Wan-Huysum, de David de Heim, los insectos de Abraham Mignon, los Wan Dyck, los Albert Durer, los verdaderos Cranach, el Giorgione, el Sebastião del Piombo, Backhuysen, Hobbema, Gericault, las rarezas de la pintura, nada picaba la curiosidad de aquellas mujeres que esperaban al sol que debía iluminar aquellas riquezas. Sin embargo, quedaron sorprendidas de la belleza de algunas joyas etruscas y del valor real de las tabaqueras, y se extendían por complacencia ante unos bronces florentinos

cuando la señora Cibot anunció al señor Brunner. Las dos mujeres no se volvieron para nada y aprovecharon un magnífico espejo de Venecia provisto de un excelente marco, para examinar al fénix de los pretendientes.

Federico, prevenido por Wilhem, había procurado ocultar su calvicie con los pocos cabellos que le quedaban, y llevaba un bonito pantalón, un elegante chaleco de seda, una camisa bordada y una corbata azul con rayas blancas. La cadena de su reloj acababa de salir de casa de Florent y Chanor, así como el puño de su bastón. Respecto á la levita, acababa de hacérsela Graff con el mejor paño que tenía. Unos guantes de Suecia anunciaban al hombre que se había comido ya la fortuna de su madre, y se habría adivinado el pequeño cupé del banquero, con dos caballos, viendo relucir sus bien lustradas botas, si el oído de las dos comadres no hubiese percibido ya su rodar en la calle de Normandía.

Cuando el crapuloso de veinte años es la crisálida de un banquero, brota á los cuarenta convertido en observador tanto más astuto cuanto que Brunner había comprendido todo el partido que puede sacar un alemán de su sencillez. Aquella mañana, Federico afectó el aire soñador del hombre que se halla entre los principios de la vida de familia y las postrimerías de la disipadora vida del banquero. Tratándose de un alemán afrancesado, esta fisonomía pareció á Cecilia el superlativo de lo novelesco, hasta tal punto, que vió un Werter en el hijo de los Virilaz. ¿Quién es la joven que no se permite una pequeña novela en la historia de su matrimonio? Cecilia se consideró la más feliz de las mujeres al ver que Brunner se entusiasmaba ante aquellas magníficas obras coleccionadas durante cuarenta años de paciencia, estimándolas por primera vez en su verdadero valor con gran satisfacción de Pons.

—¡Es un poeta!—se dijo la señorita de Marville.—Un poeta es un hombre que no cuenta, que deja á su mujer dueña del dinero, que es fácil de dominar y que se ocupa de tonterías.

Cada cristal de las dos ventanas del cuarto del músico era una vidriera suiza en colores, la peor de las cuales valía mil francos, contándose allí diez y seis de estas obras maestras en busca de las cuales viajan hoy los aficionados. En 1815, aquellas vidrieras se vendían entre seis y diez francos. El precio de los sesenta cuadros que componían